
4. Juicio y purificación

«El destino del hombre es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio» (Heb 9, 27). Una perspectiva así parece temible, pues ante el Dios de santidad, el hombre que se conoce se sabe pecador.

La justicia de Dios

Pero ¿cuál es la justicia que le espera? Entre nosotros un juez pronuncia condenas, a veces fuera de lugar, haciéndonos ver que la justicia no puede ejercerse. La justicia humana se ejerce la mayoría de las veces condenando. La de Dios es trascendente y por tanto diferente de la justicia humana. Puede incluso ser lo contrario. Proclamándose juez (Jn 9, 39), Jesús declara: «Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3, 17). Dios *ha nombrado juez de vivos y muertos* a Cristo resucitado (Hech 10, 42). Pues bien, este Cristo «fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25): ¡Se trata de un juez muerto para expiar nuestros pecados y que juzga salvando! Dios pone en sus manos el juicio «porque es el Hijo del hombre»

(Jn 5, 27), el salvador. No tiene que reconocer ningún no-ha-lugar, «porque todos pecaron» (Rom 3, 23); no condena, «todos son salvados» por la justicia de Dios en Jesucristo, con tal de que acojan su salvación (Rom 3, 24).

Una justicia así es enormemente deseable y no produce miedo sino esperanza: «Aguardamos firmemente la salvación esperada» (cf. Tit 2, 13).

Ya en la primera alianza el Dios justo se presenta como un Dios salvador: «Yo soy un Dios justo y salvador y no hay ninguno más» (Is 45, 21); «Yo hago venir de repente mi justicia, mi salvación como la luz» (Is 46, 13). La justicia divina no es vengadora sino que es fuente de vida: «Yo amo tus preceptos, por tu justicia dame vida»¹. Contrasta con «la cólera de Dios»²: «la cólera de Yahvé soportaré ya que... él me sacará a la luz, y yo contemplaré su justicia» (Miq 7, 9). El Dios santo es un Dios justo, fiel a su alianza, atento al pobre y al perseguido, dispuesto a socorrer al que le invoca. De esta manera él es justo: santidad, justicia, fidelidad, voluntad de salvación, van juntas.

En la nueva alianza, tiempo de encarnación en que Dios se interioriza en el hombre, esta justicia santa se realiza comunicándose con él, salvándole. Es una justicia santificadora y vivificante (Rom 1, 17). Según san Pablo, Dios había dejado expandirse desde antiguo el pecado en el mundo, pero ahora actúa con fuerza, derramando en él su santidad: «Muestra en el tiempo presente su justicia *a fin de ser justo, justificando* a quien vive de la fe en Jesús» (Rom 3, 26).

Una justicia así no depende de ella misma ni de la acogida que se le preste. Es trascendente. No tributaria de mérito ni de pecado: no se ejerce ni en una recompensa que el hombre podría reivindicar como algo debido, ni en el casti-

1. Sal 119, 40.106.123.

2. En relación a «la cólera de Dios», cf. *infra*, 71s.

go merecido por el pecado. Es gratuita, soberana, salvadora. Se comunica, hace justicia. Es verdad, aquel que rechaza esta justicia que no condena, se encontrará condenado porque se situará fuera de la justicia.

Antiguamente la predicación y la teología hablaban de un juicio particular que Cristo ejerce en cada hombre en el momento de la muerte. Actualmente apenas se habla ya de él, por no conocerse más que el juicio final, afirmado con fuerza en la Escritura³. No obstante Jesús ha llegado a ser en persona el juicio de Dios. Es la justicia divina en su advenimiento. «He venido para un juicio» (Jn 9, 39). Encontrándose con el hombre que muere, le juzga en este mismo encuentro.

Pero un encuentro con el Señor es salvífico, el juicio emitido es de salvación: «Se ha hecho para nosotros... salvación» (1 Cor 1, 30). «Resucitado para nuestra justificación» (Rom 4, 25), juzga salvando por la fuerza de su resurrección.

Por tanto ¡que el hombre de buena voluntad se tranquilice! Será juzgado en el encuentro de comunión con el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1, 29). ¿Cómo temer un juicio de quien es el abogado del hombre, que ha muerto por él para que nadie sea condenado? Juzga al moribundo purificándole con su sangre.

La Escritura exhorta al temor del Señor. El verdadero temor se enseña en la escuela de la cruz. Consiste en no rechazar la misericordiosa santidad de Dios, en ofrecerse a la salvación que Dios nos da en Cristo. En esta escuela,

3. Esto es olvidar que el juicio final se ejerce desde ahora (Jn 5, 21-27; 12, 31; 2 Tes 1, 5; 1 Pe 4, 17). San Jerónimo, *In Joelem*, 2: PL 25, 965B: «El día del Señor, es el juicio así como el día en el que cada uno deja su cuerpo. Lo que llegará a ser para todos el día del juicio, se cumple en cada uno el día de su muerte».

«temer al Señor» se traduce por «pon tu esperanza en Dios».

Un juicio llamado purgatorio

La Iglesia enseña que después de la vida terrestre será concedida al hombre una gran gracia que le permite entrar santamente en comunión con el Dios santo: la gracia misericordiosa del purgatorio.

Si es verdad que la justicia ejercida por Cristo en el encuentro con el hombre es salvadora, se puede pensar que «el juicio particular» y «el purgatorio» constituyen una sola y misma realidad.

San Pablo describe el juicio que sufrirán los ministros de la palabra de Dios; será semejante a un fuego que ellos mismos y sus obras tendrán que atravesar: «Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo. Y si uno construye sobre este cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, paja, la obra de cada cual quedará al descubierto; la manifestará el día, que ha de manifestarse por el fuego. Y la calidad de la obra de cada cual, la probará el fuego. Si la obra de uno, construida sobre el cimiento, resiste, recibirá la recompensa. Mas aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. El, no obstante, quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego» (1 Cor 3, 11-15).

Los teólogos han visto en este texto una prueba de la Escritura sobre la doctrina del purgatorio. Los exegetas lo interpretan sobre el juicio final; tienen razón. Pero los teólogos tampoco se equivocan. Porque es lícito trasladar al instante de la muerte, guardando las proporciones, lo que la Escritura dice del día del Señor. El juicio final es pronunciado por Dios en la muerte y la resurrección de Cristo (cf. Jn 12, 31); se realiza en el hombre cada vez que se

encuentra con Cristo. La sentencia pronunciada no es verbal, es un fuego, una sentencia que realiza la justicia. Según esto, esta justicia es la de un juez venido para salvar, una justicia purificadora, santificante, que condena las escorias eliminándolas. Desde ahí ¿se puede distinguir el fuego del juicio particular de lo que se llama el fuego del purgatorio⁴?

Antiguamente uno se llegaba a interrogar: «¿Dónde se encuentra el purgatorio, suponiendo que el cielo esté en lo alto y el infierno en las profundidades?». Se pensaba que se situaba entre los dos⁵. Pero el purgatorio no es un espacio. Se entra en él por la comunión con Cristo, es él el crisol de la purificación del mundo. Ya aquí, los creyentes lavan y blanquean sus túnicas en la púrpura de la sangre del Cordero⁶. Los difuntos son «purificados por la pascua de Jesús»⁷; acaban de revestirse de Cristo y de su santidad, de la que comenzaron a revestirse (Gál 3, 27) en la purificación bautismal (1 Cor 6, 11). Jesús *hecho... santificación y redención* (1 Cor 1, 30) es el mediador de toda purificación, es el purgatorio del hombre en su muerte.

El fuego del purgatorio no es otro que el Espíritu de Cristo muerto y resucitado. Porque el Espíritu es en persona la santa justicia de Dios; por él Dios ejerce la justicia. Juan el precursor había anunciado al juez que «bautizará en el Espíritu y el fuego» (Mt 3, 11 par). Jesús que «se ha ofrecido a Dios bajo la acción del Espíritu eterno» (Heb 9, 14), acoge a los hombres en su propio morir, los introduce en el movimiento del Espíritu en el que muere vuelto al Padre.

4. Para esta identificación del juicio particular y del purgatorio, cf. G. Martelet, *L'au-delà retrouvé*, Paris 1975, 142; J. Ratzinger, *La mort et l'au-delà*, Paris 1979, 247-249.

5. Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologica. Suppl.* 69, a. 8.

6. Ap 7, 14; cf. Rom 5, 9; Heb 9, 14; 13, 12; 1 Jn 1, 7.

7. Oración después de la comunión, de la misa del 2 de noviembre.

Los purifica en su pascua, en el dinamismo santificador del Espíritu en el que él mismo es *santificado* (cf. Jn 17, 19), en el que *él fue justificado* (1 Tim 3, 16), es decir, colmado de la justicia (santidad) divina; en el que él ha resucitado (Rom 8, 11) *para nuestra justificación* (Rom 4, 25). Es bueno caer en el momento de la muerte en ese fuego: él purifica, hace subir hacia Dios. Es fuego de amor que Dios derrama en los corazones. Muriendo, el hombre entra en un crisol de amorización, de total desapropiación y donación de sí, en comunión con Cristo que por la muerte vuelve al Padre que es amor (1 Jn 4, 8)⁸.

Ya sabemos cuál es el lugar y qué es el fuego: Cristo es el lugar de la purificación y el Espíritu es el fuego. Pero ¿dónde situar el purgatorio, desde el punto de vista del hombre, durante su existencia? Algunos lo sitúan después de la vida terrestre. Pero ¿será después de la muerte?

Cristo es el mediador de la justicia purificadora por su pascua; por su muerte el hombre entra en comunión con Cristo en su pascua; es pues en la muerte misma cuando el hombre es purificado en Cristo y en el Espíritu santo. La muerte es el fin de la existencia del hombre. Ahí se sella su destino. Después de ella ya no hay regiones que atravesar para entrar en la vida eterna: «Si morimos con él, viviremos con él» (2 Tim 2, 11). El paso se realiza en la muerte. El hombre es purificado en la última comunión pascual, en una misma muerte con Cristo. Así, en el bautismo, los pecados son perdonados por la comunión en la muerte de

8. Santa Teresa de Lisieux sabía que Cristo es el purgatorio y que su fuego es el amor. Cf. *Poésie* 23, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 691:

«Para poder contemplar tu gloria,
Es necesario, lo sé, pasar por el fuego.
Y yo escogí para mi purgatorio
tu amor ardiente, ¡oh corazón de mi Dios!».

Cristo (cf. Rom 6, 10s). En la muerte, el hombre se sitúa fuera del tiempo terrestre; su purificación no se mide por horas ni por días, sino por la distancia que le separa de la santidad del Reino, por el grado de la purificación necesaria en el momento de la muerte⁹.

Parece que el hombre debe cooperar a su purificación y consentir en ella por su libertad¹⁰. Sin conversión, es decir, sin acogida dada a la gracia, no hay remisión de los pecados, ni purificación del corazón. Porque el pecado que se tiene que perdonar, las imperfecciones que se tienen que corregir no son manchas que bastaría borrar: afectan a la persona y son eliminadas por la conversión del corazón. El hombre deja de ser pecador cuando consiente a la gracia que le purifica.

Hay un sacramento que, entre nosotros, hace la función del purgatorio y prepara para la muerte: el de la penitencia. El perdón de los pecados se concede bajo la forma de la gracia de la conversión; el hombre es purificado de su pecado acogiendo la gracia que le hace justo.

En su muerte, el hombre se deja abrir al don de Dios. Es el momento cumbre del mérito, de este mérito que una

9. Situando el purgatorio en la muerte misma, emito una opinión. Es compartida por otros. No contradice la práctica católica de la oración por los difuntos después de la muerte (cf. *infra*, 42-43). Aporta una respuesta a las objeciones hechas a la enseñanza de la Iglesia sobre la existencia del purgatorio.

10. Según una teología de tipo jurídico, en otro tiempo muy extendida, la justicia de Dios se ejerce en el hombre pecador exigiéndole «mediante las penas apropiadas», una satisfacción (es decir, una reparación) de la ofensa hecha a Dios, pena eterna por el pecado mortal, penas temporales por los pecados veniales. El purgatorio se ve como un tiempo en el que el hombre se somete a las penas temporales merecidas por sus faltas y que no había sufrido en la tierra. En esta visión de las cosas al hombre no le corresponde dejarse purificar y consentir ser purificado, sino sufrir penas pasivamente.

joven cristiana con intuiciones geniales definió así: «Merecer consiste... en recibir, en amar mucho»¹¹.

Alegrías y sufrimientos de la purificación

Cristo, que es el lugar de la purificación, es también el cielo en el que el Padre hace habitar a sus hijos. «El nos ha sentado en el cielo con Cristo Jesús» (Ef 2, 6). Es Espíritu, fuego de amor y de purificación, es también la felicidad celeste, la de Cristo en su filialidad: «Se llenó de gozo en el Espíritu santo, y dijo: ‘Yo te bendigo, Padre...’» (Lc 10, 21). «La alegría del Espíritu santo» es proverbial¹². Cristo es a la vez el cielo y su puerta de entrada, el Espíritu es a la vez la bienaventuranza celestial y la purificación que hace gozarla.

¡Feliz purgatorio! Lo que constituye la dicha celeste es también la gracia que purifica, que introduce en la felicidad. La purificación está en el encuentro con Cristo y la gracia del Espíritu santo; el cielo consiste en vivir este encuentro y esta gracia.

Pero cuán dolorosa es al mismo tiempo la purificación por la naturaleza de esta dicha y por su intensidad. La mística «teóloga del purgatorio», santa Catalina de Génova, habla de una «alegría enorme y de un sufrimiento extremo, sin que una sea obstáculo para el otro»¹³. La belleza de

11. Santa Teresa de Lisieux, *Lettre* 142, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 463.

12. Cf. *infra*, 84s.

13. «No creo que se pueda encontrar alegría comparable a la de un alma del purgatorio exceptuando la de los santos que ya están en el paraíso. Cada día se acrecienta esta alegría por la acción de Dios en estas almas, acción que va creciendo, conforme se va consumiendo lo que impide esta acción divina. Este impedimento es la herrumbre del pecado.

Dios se imprime con trazos ardientes para ser percibida «con corazón transparente»¹⁴; el amor ahonda dolorosamente el corazón que desea llenarse de él. Felicidad y sufrimiento no se contradicen: el Espíritu es un fuego que purifica dolorosamente y un agua viva que refresca. Consuela al hombre purificándolo.

Sería mejor abrirse ya aquí a la gracia por una fidelidad cotidiana. La muerte arrojaría al punto a tal hombre en los brazos del Señor, por la potencia de la gracia a la que no había puesto ningún obstáculo. No habría que «pasar por el purgatorio». Teresa de Lisieux, entre otros, alimentaba el deseo de la inmersión inmediata en el infinito de Dios. Pero la mayor parte de los hombres no se entrenan con una caridad intensa, que haga estallar, en un instante, el corazón a la acogida del don infinito. Es necesario un suplemento de gracia que la Iglesia implore para ellos y que la misericordia de Dios conceda.

Asistir al hombre en la muerte

Aparentemente nadie puede acompañar a otro en la muerte, ni puede asistirle en ese instante. Podemos haber sostenido la mano de un moribundo, se enfría en la nuestra y él se nos escapa. De repente, entre él y nosotros se ha establecido la distancia que separa y opone la vida en la tierra y la muerte: fue a morir en la unión del tiempo y de

El fuego consume progresivamente esta herrumbre, y así el alma se expone cada vez más a la acción de Dios... Esta herrumbre es consumida por el fuego. Cuanto más se consume, más se expone el alma al verdadero sol». Santa Catalina de Génova, *Traité du purgatoire*, 2, 4. En P. Debongnie, *Ste. Catherine de Gênes*, Paris 1960, 203s.

14. La expresión es de G. Martelet, *L'au-delà retrouvé*, Paris 1975, 142.

joven cristiana con intuiciones geniales definió así: «Merecer consiste... en recibir, en amar mucho»¹¹.

Alegrías y sufrimientos de la purificación

Cristo, que es el lugar de la purificación, es también el cielo en el que el Padre hace habitar a sus hijos. «El nos ha sentado en el cielo con Cristo Jesús» (Ef 2, 6). Es Espíritu, fuego de amor y de purificación, es también la felicidad celeste, la de Cristo en su filialidad: «Se llenó de gozo en el Espíritu santo, y dijo: ‘Yo te bendigo, Padre...’» (Lc 10, 21). «La alegría del Espíritu santo» es proverbial¹². Cristo es a la vez el cielo y su puerta de entrada, el Espíritu es a la vez la bienaventuranza celestial y la purificación que hace gozarla.

¡Feliz purgatorio! Lo que constituye la dicha celeste es también la gracia que purifica, que introduce en la felicidad. La purificación está en el encuentro con Cristo y la gracia del Espíritu santo; el cielo consiste en vivir este encuentro y esta gracia.

Pero cuán dolorosa es al mismo tiempo la purificación por la naturaleza de esta dicha y por su intensidad. La mística «teóloga del purgatorio», santa Catalina de Génova, habla de una «alegría enorme y de un sufrimiento extremo, sin que una sea obstáculo para el otro»¹³. La belleza de

11. Santa Teresa de Lisieux, *Lettre* 142, en *Oeuvres complètes*, Paris 1992, 463.

12. Cf. *infra*, 84s.

13. «No creo que se pueda encontrar alegría comparable a la de un alma del purgatorio exceptuando la de los santos que ya están en el paraíso. Cada día se acrecienta esta alegría por la acción de Dios en estas almas, acción que va creciendo, conforme se va consumiendo lo que impide esta acción divina. Este impedimento es la herrumbre del pecado.

Dios se imprime con trazos ardientes para ser percibida «con corazón transparente»¹⁴; el amor ahonda dolorosamente el corazón que desea llenarse de él. Felicidad y sufrimiento no se contradicen: el Espíritu es un fuego que purifica dolorosamente y un agua viva que refresca. Consuela al hombre purificándolo.

Sería mejor abrirse ya aquí a la gracia por una fidelidad cotidiana. La muerte arrojaría al punto a tal hombre en los brazos del Señor, por la potencia de la gracia a la que no había puesto ningún obstáculo. No habría que «pasar por el purgatorio». Teresa de Lisieux, entre otros, alimentaba el deseo de la inmersión inmediata en el infinito de Dios. Pero la mayor parte de los hombres no se entrenan con una caridad intensa, que haga estallar, en un instante, el corazón a la acogida del don infinito. Es necesario un suplemento de gracia que la Iglesia implore para ellos y que la misericordia de Dios conceda.

Asistir al hombre en la muerte

Aparentemente nadie puede acompañar a otro en la muerte, ni puede asistirle en ese instante. Podemos haber sostenido la mano de un moribundo, se enfría en la nuestra y él se nos escapa. De repente, entre él y nosotros se ha establecido la distancia que separa y opone la vida en la tierra y la muerte: fue a morir en la unión del tiempo y de

El fuego consume progresivamente esta herrumbre, y así el alma se expone cada vez más a la acción de Dios... Esta herrumbre es consumida por el fuego. Cuanto más se consume, más se expone el alma al verdadero sol». Santa Catalina de Génova, *Traité du purgatoire*, 2, 4. En P. Debonnie, *Ste. Catherine de Gênes*, Paris 1960, 203s.

14. La expresión es de G. Martelet, *L'au-delà retrouvé*, Paris 1975, 142.

la eternidad, que ya no es de la tierra ni de nuestro tiempo. Para asistir a alguien en la muerte haría falta morir con él. Haría falta morir su muerte, pues cada uno muere su propia muerte.

Sin embargo la Iglesia debe velar por sus hijos que se duermen en la muerte y asistirles en su paso. ¿No tiene la responsabilidad de las almas en todas sus necesidades, en su relación con Dios? Según esto, nunca tienen tanta necesidad de ayuda como en esta última purificación. Todos los grandes acontecimientos de la vida cristiana son celebrados en la Iglesia, el bautismo, la eucaristía, el matrimonio, la consagración al ministerio sacerdotal o a la vida religiosa... Así el acto más grande, la entrada definitiva en el Reino, ¿se realizará fuera de la Iglesia? Cristo en su muerte glorificadora encuentra al hombre en su muerte. Ahora bien, la Iglesia es la esposa de la que no se separa en ninguna de sus actividades: unida a él, ella asiste a los hombres en su muerte. En esta unión es la madre de los hombres, sobre todo en su último nacimiento.

Está además el Espíritu santo, comunión divina (2 Cor 13, 13) que suprime las distancias y contradice las rupturas. Se ha derramado en el corazón de los fieles; los «une unos con otros»¹⁵. Cuando uno de nuestros hermanos muere, ¿se romperá esta unión? ¿se quedará nuestra amistad en la orilla, incapaz de acompañar al que pasa la muerte? Si es así, la muerte tendría el poder de romper la unión del Espíritu santo, sería más fuerte que la omnipotencia de Dios que es el Espíritu santo.

Contra la muerte implacable Jesús es también el salvador de nuestras amistades, el mediador de la comunión con nuestros amigos hasta en la muerte, por la fuerza del Espíri-

15. *Lumen gentium*, 49: «Todos los que son de Cristo por poseer su Espíritu, constituyen una misma Iglesia y mutuamente se unen en él».

tu. Jesús invierte el sentido de la muerte de los hombres; la más brutal de las rupturas llega a ser el instante de la más íntima comunión posible. El Salvador permite unirnos a él en su encuentro con los hombres en su muerte, estar unidos así en lo que ellos tienen de más personal: en su muerte. Nos hace capaces, ¡bendito sea!, de asistir a nuestros hermanos y a nuestras hermanas hasta y sobre todo en el momento de su muerte, el de su última purificación.

La eucaristía nos da esta certeza. Se celebra por el difunto después del anuncio de su fallecimiento, a veces mucho tiempo después. Sin embargo podemos asistirle en su muerte, pues estamos unidos a Cristo en la suya: «¡Tomad y comed: éste es mi cuerpo entregado!». «Entrad en comunión conmigo, donde yo estoy: en el corazón del mundo, en la confluencia de todos los tiempos. Llegad a ser un mismo cuerpo conmigo en mi muerte glorificadora, allí donde yo encuentro al hombre en su muerte. La mano que parece que se os ha escapado, ¡cogedla! Y conmigo, ¡ayudad a vuestro hermano, a vuestra hermana, a pasar la muerte!». La eucaristía de los funerales es una concelebración: Cristo y el difunto y sus amigos están reunidos en el misterio de la muerte redentora, en favor del difunto.

La Iglesia es la asociada de Cristo, la esposa de la que no se separa en ninguna de sus actividades, su compañía en el encuentro con el hombre en su muerte. Jesús es el Salvador de los hombres en su muerte; junto con la Iglesia, su madre desde siempre. Su madre sobre todo en el último nacimiento.

¿Dónde se encuentra el purgatorio? En Cristo, pero también en la Iglesia unida a Cristo. El fuego del purgatorio es el Espíritu santo que está en Cristo pero que es derramado también en el corazón de los creyentes.

Según san Pablo, «los creyentes son quienes juzgarán al mundo» (1 Cor 6, 2). Cristo comparte con los suyos el jui-

cio que pronuncia sobre los difuntos, y que es de misericordia y de justificación. En el dolor causado por la muerte del ser querido es importante no cerrarse en sí enfrentándose a Dios sino permanecer fiel al amor de Dios y del ser amado. Amando, la Iglesia es madre. Ella envuelve a sus difuntos en los pliegues de la caridad en la que nacen al cielo.

Puesto que su caridad es la del Espíritu de Dios que está en el seno donde nace el Hijo y nacen los hijos de Dios.